

Pedro Carlos González Cuevas

El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX

De la crisis de la
Restauración (1898),
a la crisis del Estado
de partidos (2015)



SEGUNDA EDICIÓN
CORREGIDA Y
AUMENTADA

BIBLIOTECA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO POLÍTICO

tegnos

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX

De la crisis de la Restauración (1898), a
la crisis del Estado de partidos (2015)

SEGUNDA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA

Índice

Prólogo a la segunda edición

Introducción

Capítulo I. La crisis de la Restauración: del 98 a la Semana Trágica

1. Ocaso del conservadurismo liberal
2. Regeneracionismo y «dictadura tutelar»
3. Enrique Gil Robles y Juan Vázquez de Mella: la renovación del tradicionalismo carlista
4. Catalanismo y *Noucentisme*
5. *El espíritu del 98*
6. Antonio Maura y la renovación del conservadurismo liberal

Capítulo II. Del impacto de la Gran Guerra a la Dictadura de Primo de Rivera: la renovación del conservadurismo autoritario

1. La crisis de entreguerras
2. Hacia la articulación del catolicismo político
3. El maurismo
4. Víctor Pradera y la crisis del tradicionalismo carlista
5. Los intelectuales y el nuevo conservadurismo
 - A) Azorín como precursor
 - B) José María Salaverría o el nacionalismo integral
 - C) Ramiro de Maeztu: los terrores de la Modernidad
 - D) La «otra» derecha: el liberalismo crítico de José Ortega y Gasset
6. La Dictadura primorriverista

Capítulo III. De la II República a la guerra civil

1. La izquierda en el poder
2. Ortega y Gasset: el fracaso de la derecha republicana

3. La reacción monárquica: *Acción Española*
4. Tradicionalismo y accidentalismo: *Acción Popular* y la *Revista de Estudios Hispánicos*
5. El fascismo español: de las JONS a Falange Española
 - A) Ramiro Ledesma Ramos: el voluntarismo fascista
 - B) Ernesto Giménez Caballero: el esteticismo fascista
 - C) José Antonio Primo de Rivera: el clasicismo fascista
6. Los «solitarios» contra la II República: Salaverría, Madariaga y D'Ors
 - A) Salaverría: el profeta de la catástrofe
 - B) Salvador de Madariaga: el liberalismo organicista
 - C) Eugenio d'Ors: el nuevo despotismo ilustrado

Capítulo IV. La era de Franco

1. El franquismo: síntesis de tradiciones
2. Los teóricos del falangismo
3. La nueva derecha monárquica
4. La crisis del pensamiento falangista
5. La teorización del Estado tecnoautoritario
6. La derecha orteguiana: Julián Marías
7. La oposición conservadora al franquismo
8. Desarrollo, deslegitimación religiosa, fraccionamiento y crisis

Capítulo V. Las derechas en el Estado de partidos

1. Hacia la hegemonía liberal
 - A) La opción «centrista»
 - B) El «momento» Aznar
2. Los exiliados en la Patria: Las «otras» derechas
 - A) La persistencia de la Teología política: Verbo
 - B) El nuevo paradigma «razonalista»: Gonzalo Fernández de la Mora y Razón Española
 - C) Las vicisitudes de la Nouvelle Droite en España

Capítulo VI. De José Luis Rodríguez Zapatero a Mariano Rajoy. Deslegitimación histórica de las derechas y triunfo de la razón cínica

1. El «momento» Rodríguez Zapatero: proceso histórico a las derechas españolas

2. Respuestas e iniciativas de la sociedad civil derechista
3. El Partido Popular de nuevo en el poder: de la euforia al vacío doctrinal

Bibliografía

1. Periódicos y revistas
2. Obras teóricas
3. Obras históricas
4. Pensamiento de la derecha española (Selección de clásicos según tradiciones)
 - A) Conservadurismo autoritario
 - B) Conservadurismo liberal
 - C) Falangismo
 - D) Tradicionalismo carlista
 - E) Derecha radical
 - F) Neoconservadurismo tecnocrático
 - G) Liberalismo conservador
 - H) Derecha liberal-democrática
5. Páginas web sobre las derechas españolas

Créditos

Prólogo a la segunda edición

La primera edición de este libro se publicó a mediados de 2005, prácticamente un año después de la inesperada derrota electoral del Partido Popular en las elecciones de marzo de 2004 y del inicio de lo que podríamos denominar el «momento» Rodríguez Zapatero, hechos ambos que provocaron un indudable impacto en el conjunto de la sociedad española en general y de las derechas en particular.

El libro no tuvo mala acogida en los medios de comunicación. Fue seleccionado como uno de los mejores libros del año por *El Cultural*¹. El periodista y escritor Valentí Puig señaló que unas de sus virtudes era haber demostrado que «existe un pensamiento de la derecha española seguramente más vario y abierto que la doctrina de izquierdas»². Octavio Ruiz Manjón, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, resaltó como principales logros del libro la ampliación del concepto de derecha, al insistir en la pluralidad de sus tradiciones, algo que «resulta muy útil cuando se trata de interpretar momentos específicamente delicados, como es el caso del muy debatido actualmente “bienio negro” de la Segunda República en donde cada vez resultan menos creíbles las etiquetas fascistas que algunos distribuyen alegremente». De la misma forma, se mostraba de acuerdo con la inserción en el campo de las derechas no sólo de los nacionalismos periféricos catalán y vasco, sino de la figura de José Ortega y Gasset como liberal-conservador. Y concluía: «Pedro Carlos González Cuevas, en definitiva, ha levantado un mapa rico y documentado de unas tradiciones políticas mucho más variadas de lo que a veces se ha querido creer y, con su caracterización, ha llevado a cabo una estupenda ta-

rea para ayudar a la comprensión de la vida española de los últimos cien años»³. El por entonces director del diario ABC, José Antonio Zarzalejos, consideraba que el texto era uno de «los intentos —en buena parte logrado— de aproximarse a las características de la derecha española», sobre todo porque destacaba la «fragmentación» como uno de sus «signos de identidad». A ese respecto, destacaba como protagonistas de la vertebración de la derecha española a figuras como Cánovas del Castillo y José Ortega y Gasset, en «el ámbito del moderantismo», cuyo pensamiento se concretó en las experiencias de la Unión del Centro Democrático y en el Partido Popular⁴. Tesis que, a mi modo de ver, en modo alguno se desprenden de mi estudio. Ortega y Gasset, por desgracia, apenas influyó en la derecha política española, mayoritariamente confesional, que rechazó las aportaciones del filósofo a causa de su agnosticismo religioso y su defensa del laicismo. Por cierto, en una entrevista concedida a la *Revista de Occidente* señaló: «Que la derecha haya dejado escapar a Ortega es un grave error [...] Reinterpretar la tradición orteguiana es una tarea importante de la derecha actual»⁵. El silencio fue la respuesta. Y es que el impulsivo José María Aznar, mal aconsejado por sus mentores intelectuales, había preferido el mediocre Manuel Azaña al excelso filósofo de la razón vital.

El ensayista José María Marco lo calificaba de obra «sintética, informativa y útil». «De esto se deduce que la derecha en contra de lo que tantas veces se ha dicho, se ha esforzado por articular una posición ideológica, por elevar una crítica consistente y actualizada de la modernidad y también por fundamentar los presupuestos de su acción política». «No es algo tan común —continuaba— como parece, y merece ser resaltado frente a la estulticia tradicional de una izquierda empeñada en negar la existencia de una inteligencia de derechas». No obstante, me reprochaba el haber «cargado demasiado las tintas» en la crítica a la Res-

tauración y en la vertiente «autoritaria y antidemocrática» de las derechas durante el período de la II República. «Lo mismo ocurrió —señalaba— durante el franquismo. La Transición no se habría hecho jamás sin una derecha que supo preservar, a pesar de todo lo ocurrido, el respeto a ciertos derechos y libertades»⁶. Algo que, por otra parte, yo nunca he negado. En mi opinión, la sociedad española en su conjunto no pudo generar un Estado de partidos o, si se quiere, una democracia liberal, mínimamente sólidos hasta muy entrados los años sesenta del pasado siglo. Ni la derecha ni la izquierda eran entonces democráticas. E incluso el liberalismo izquierdista de un Manuel Azaña, no digamos el socialismo de Francisco Largo Caballero, tenía un claro perfil autoritario y constructivista.

A José María Lassalle, hombre del Partido Popular y futuro secretario de Estado en el gobierno presidido por Mariano Rajoy Brey, admirador de Locke, Burke, Kelsen y Bobbio, y, al mismo tiempo, detractor de Voegelin y Schmitt, le pareció «un trabajo bien documentado sobre las distintas familias de la derecha». Como hombre de partido, valoraba muy positivamente el período en que José María Aznar López triunfó en las elecciones de 1996 y logró posteriormente la mayoría absoluta en 2000: «Es evidente que en ello influyó la buena gestión económica. Pero no es menos cierto que la centralidad y moderación de los mensajes políticos, emitidos por sus líderes, contribuyeron a aquella mayoría y, sobre todo, a dar forma a una hegemonía electoral dentro de las derechas que, a pesar de la derrota cosechada en las elecciones de 2004, sigue inalterada por mucho que los cantos de sirena de los que el autor denomina “exiliados en la patria” permanezcan agazapados»⁷. Un comentario superficial, porque, en el fondo, el autor no deseaba entrar en el argumento principal de la obra, es decir, las razones de la indigencia intelectual del Partido Popular en particular y de las derechas españolas en general.

Los católicos estuvieron divididos a la hora de valorar el contenido del libro. Mientras Víctor Fernández Santos, desde *Religión y Cultura*, recomendaba su lectura, porque «ahonda en matices, concretiza hechos, desarrolla sistemáticamente todo el acontecer histórico con un proceder, a mi modo de ver, objetivo»⁸, Juan Pardo Maza me acusaba de no valorar positivamente la doctrina social de la Iglesia y la labor política e intelectual de Ángel Herrera Oria: «No parece entender el autor qué es la doctrina social de la Iglesia ni cuáles fueron los hitos históricos y sus desarrollos principales». No obstante, al final matizaba sus críticas: «Por lo demás, el libro es una interesante radiografía que nos ayudará a entender no tanto cómo actúa la derecha española, o alguna derecha o algunos políticos de derecha, sino por qué y para qué. Sin complejos»⁹. En parecidos términos, se expresaba el sacerdote e historiador Ángel David Martín Rubio, que incidía en mi «continua incompreensión de aquellas corrientes de pensamiento de más acusada inspiración católica». Y señalaba: «No parece que la corriente democrática y laicista dominante desde la Transición haya impedido que el centro derecha español se instale en el vacío programático y en la falta de toda referencia más allá de un vago liberalismo económico»¹⁰. Por mi parte, he de dejar claro que yo nunca he atacado a la Iglesia católica; y que tampoco he minusvalorado su doctrina social. Lo que he sostenido en este libro y en otros, y sigo sosteniendo, es que el catolicismo español, de profunda raigambre antimodernista, bloqueó eficazmente la aparición y consolidación en la sociedad española de doctrinas y proyectos políticos como el idealismo, el liberalismo, el positivismo, el darwinismo social, el fascismo o el nacionalismo integral. Nada más; es un hecho, no un juicio de valor.

Por su parte, Carlos Martínez-Cava Mesa se hacía eco, desde una perspectiva ideológica distinta, de mi denuncia de la ausencia en España de un debate político-intelectual

en torno al tema de la «memoria histórica», es decir, sobre la guerra civil y el régimen de Franco. A su entender, el «Debate de los Historiadores» ocurrido en Alemania a lo largo de los años ochenta y noventa del pasado siglo ya se había iniciado en España con las polémicas de Pío Moa y César Vidal contra los historiadores de izquierdas¹¹. Mi opinión es la antípoda: tanto Pío Moa como César Vidal hicieron imposible, bloquearon, ese necesario debate histórico-político.

El filósofo Gustavo Bueno señalaba que en mi libro intentaba tomar como «seña de identidad de la derecha su carácter conservador, pero sin dar parámetros precisos de este concepto»¹². Por mi parte, creí dar respuesta a esa problemática, a partir del concepto de «visión trágica», tomado de Thomas Sowell.

En estos análisis y críticas, estaba presente, en mayor o menor medida, el conjunto de las derechas españolas. No así la izquierda historiográfica, que no entró en debate alguno con mis tesis. Quizás porque la mayoría de sus representantes estiman que pensamiento político y derechas españolas son términos antagónicos. Sin embargo, sigo esperando que algún historiador de esa tendencia se decida algún día a escribir una *Historia de las izquierdas españolas. De la Ilustración a nuestros días*. Una empresa que si se hace con un mínimo de objetividad y de espíritu crítico, sería todo un acontecimiento cultural. No obstante, tengo la sospecha de que tal obra tardará en salir a la luz. Y es que las izquierdas españolas hace tiempo que son incapaces de asumir su propia historia. Como dijo hace ya muchos años, uno de los representantes del progresismo cultural en España, Josep Maria Castellet: «No había en la España del 36, ni lo hubo en la del 14 ni lo ha habido en la del 98, un auténtico pensamiento revolucionario con proyección cultural. La debilidad ideológica de la izquierda española era una enfermedad crónica, que todavía hoy no se ha podido

superar»¹³. Una opinión que compartía otro hombre de izquierdas, Joan Fuster, el ideólogo por antonomasia del pancatalanismo: «La izquierda española, empezando por la hipotéticamente liberal, es de una miseria espectacular: para darle la razón a Menéndez Pelayo»¹⁴. Nada parece haber cambiado desde entonces. Bien es verdad que algún representante de esa izquierda historiográfica recomendó la lectura de mi libro a Pío Moa¹⁵; pero lo hizo con unos claros afanes polémicos. Hoy por hoy, escribir sobre las derechas españolas con un mínimo de objetividad y de distancia sigue siendo en España motivo de sospecha. Un sector de la izquierda, a través del movimiento de la denominada «memoria histórica», ofrece una imagen de las derechas absolutamente negativa, casi criminal, peluda y gesticulante¹⁶. No hemos seguido, ni seguiremos en lo sucesivo, semejante horizonte polémico. Como uno de mis maestros, George L. Mosse, continuaré defendiendo el principio de empatía hacia mi objeto de investigación: «He creído siempre que la empatía es la cualidad principal que debe cultivar todo historiador [...] Empatía significa poner a un lado los propios prejuicios contemporáneos para encarar al pasado sin temores ni favoritismo»¹⁷.

«Nada envejece tan pronto como un libro de historia», decía, y con razón, Marcelino Menéndez Pelayo¹⁸. Sin embargo, en estos diez años creo que mi libro ha envejecido con una cierta dignidad. En rigor, sigo pensando lo mismo que pensaba entonces. No obstante, en ese lapso de tiempo han ocurrido en la sociedad española una serie de hechos de singular trascendencia política, social, económica y cultural, algunos de los cuales adquirirían un cierto perfil en las páginas de la obra. Todavía creo que es demasiado pronto para escribir la historia de las etapas de gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y Mariano Rajoy Brey, porque nos falta aún la necesaria perspectiva y distancia. Sin embargo, uno y otro son períodos muy importantes en la

trayectoria intelectual y política de las derechas españolas. De ahí que juzgue necesario la inserción de un nuevo capítulo en el libro, que sintetice, en la medida de lo posible, ambos períodos. En mi opinión, la etapa de Rodríguez Zapatero supone un desafío consciente, desde el punto de vista político y cultural, al conjunto de las derechas españolas, al someterlas, a partir de los movimientos de recuperación de la «memoria histórica», a un proceso histórico revanchista; mientras que la etapa de Rajoy Brey supone el triunfo de lo que Peter Sloterdijk denominó la *razón cínica*: un conservadurismo sin ilusiones, sin esperanzas, sin proyecto; una postura meramente reactiva, no creativa, ni proyectiva¹⁹. En ese sentido, no hay duda de que la sociedad española atraviesa una de las crisis más profundas de su historia, a nivel político, social, económico y cultural. A la altura de 1933, el filósofo Oswald Spengler presagiaba en su libro antinazi *Años decisivos* unas «décadas grandiosas», es decir, «terribles e infaustas»²⁰. Esperemos que ahora no sea así; y que la sociedad española recupere la unidad, la calidad, la dignidad y el desarrollo.

Madrid, enero-febrero de 2016.

¹ «Lo mejor de 2005», *El Cultural*, 29-XII-2005 y 4-I-2006.

² «Inmovilistas o regeneracionistas», *ABC*, 28-VII-2005.

³ *El Cultural*, 15-IX-2005.

⁴ «Las banderías de la derecha», *ABC*, 20-XII-2007.

⁵ Ángel Vivas, «Entrevista a Pedro Carlos González Cuevas», *Revista de Occidente*, n.º 293, octubre 2005, p. 122.

⁶ «Algo más que arqueología», *La Ilustración Liberal*, 24-XI-2005.

[7](#) «La derecha a examen», *ABC de las Artes y las Letras*, 8-14-X-2005.

[8](#) *Religión y Cultura*, marzo 2005, p. 1075.

[9](#) *Análisis Digital*, 30-XI-2006.

[10](#) *Aportes*, n.º 63, XXII, 2007, pp. 132-133.

[11](#) «Rompiendo los diques de la corrección», *Minuto Digital*, 26-IV-2006.

[12](#) Gustavo BUENO, *El mito de la derecha*, Madrid, 2008, p. 45.

[13](#) Josep Maria CASTELLET, *Literatura, ideología y política*, Barcelona, 1976, p. 140.

[14](#) «Banderas que se arrían», *La Vanguardia*, 23-V-1978.

[15](#) Alberto REIG TAPIA, *Anti-Moa*, Barcelona, 2006, p. 190.

[16](#) Sobre la evolución del concepto de «derecha» en la España contemporánea, véase Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, «Derecha», en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan FRANCISCO FUENTES (eds.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, 2008, pp. 368-377.

[17](#) George L. MOSSE, *Haciendo frente a la Historia. Una autobiografía*, Valencia, 2008, pp. 11-12.

[18](#) Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo I, Madrid, 1986, p. 24.

[19](#) Peter SLOTERDIJK, *Crítica de la razón cínica*, Madrid, 2007.

[20](#) Oswald SPENGLER, *Años decisivos (1933)*, Barcelona, 2011, p. 33.

Introducción

Derecha e izquierda, simples aproximaciones de las que, por desgracia, no podemos prescindir. No recurrir a ellas sería renunciar a tomar partido, suspender los juicios en materia política, liberarse de las servidumbres del tiempo, exigir al hombre que despierte a lo absoluto, que sea únicamente animal metafísico¹.

Así se expresa, con su habitual lucidez, el filósofo Emil Cioran sobre la polémica en torno a la distinción derecha/izquierda en la vida política.

El problema es que tal distinción pretende hoy negarse; lo que, en alguna medida, se enmarca en el objetivo de abolir la política. Como señala Chantal Mouffe, «el borrado de las fronteras entre la izquierda y la derecha, lejos de constituir un avance en una dirección democrática, es una forma de comprometer el futuro de la democracia», porque la esencia del sistema demoliberal no es otra que el «pluralismo agonístico»². En ese sentido, el caso de la derecha no deja de ser paradigmático, porque, tanto en la inmensa mayoría de los países europeos como en la propia España, nadie se autodefine políticamente como de derechas; lo que ha dado lugar a una semántica política de muy desigual valor. Hace años, Raymond Aron señalaba que «todos los partidos invocan en general las llamadas ideas de izquierda, es decir, ideas liberales y democráticas». Y concluía:

Los socialistas reprochan a los gobiernos de derecha no reducir las desigualdades (esencialmente las desigualdades de ingresos), pero los portavoces de la derecha no les responden —y, si lo hacen, es a regañadientes— que para el

bien común es inevitable y al mismo tiempo necesaria una jerarquía económica y política³.

Y es que, en general, pero particularmente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ha dominado en la vida política e intelectual lo que Albert Thibaudet denominaba «siniestrismo»⁴. La palabra «derecha» tiende a identificarse, en mayor o menor medida, con valores o ideas antagónicas del universo simbólico democrático: orden, autoridad, racismo, totalitarismo, etc. Pero histórica e intelectualmente tales opiniones no pasan de ser, en el mejor de los casos, descalificaciones interesadas sin base real. Porque la derecha no es esencialmente definible por su afición al orden y a la autoridad, ya que toda sociedad humana descansa en estas ideas, que todo poder implica una minoría dirigente y una mayoría dirigida; lo que hace que esta afición parezca ser la mejor repartida del mundo. Tampoco el totalitarismo, aunque desde luego haya existido o exista una derecha totalitaria, porque éste puede ser, y de hecho ha sido, uno de los rasgos de la izquierda, particularmente del comunismo. Menos evidente aún, desde una perspectiva histórica e ideológica, es la asociación de la derecha al racismo y al antisemitismo. Las ideas racistas son producto de la visión secular de la humanidad, característica de la Ilustración⁵. Y, durante mucho tiempo, el antisemitismo fue patrimonio de la izquierda revolucionaria. Con excepción de los sansimonianos, los movimientos socialistas franceses contraponían «pueblo» a «finanza judía». Blanqui, Fourier, Marx y Proudhon utilizaron el término «judío» como sinónimo de «usurero»⁶. En España, las pautas racistas fueron defendidas por escritores asociaciados al positivismo y al laicismo, es decir, la izquierda intelectual de la época; y en el nacionalismo vasco y catalán⁷. Tampoco puede asociarse de manera unívoca y determinista, sin mediaciones culturales e ideológicas, a la derecha con una determinada clase social. Como señaló Leszek Kolakowski hace ya tiempo, una ten-